

# ariel dorfman armand mattelart para leer al pato donald

comunicación de masas y colonialismo

RIQUEZA, ORO, DEPENDENCIA,  
DESARROLLO, FANTASÍA, CONSUMO, OCIO,  
IMPERIALISMO, RIQUEZA, ORO, DEPENDENCIA,  
DESARROLLO, FANTASÍA, CONSUMO, OCIO,  
IMPERIALISMO, RIQUEZA, ORO, DEPENDENCIA,  
DESARROLLO, FANTASÍA, CONSUMO, OCIO,  
IMPERIALISMO, RIQUEZA, ORO, DEPENDENCIA,  
DESARROLLO, FANTASÍA, CONSUMO, OCIO,



### III. Del buen salvaje al subdesarrollado

*“Donald* (hablando con el médico-brujo en África): Veo que son una nación moderna. ¿Tienen teléfonos?

*Médico-Brujo:* ¿Si tenemos teléfonos?... De todos los colores y formas... El único problema es que uno solo está conectado: en línea directa con el banco de crédito mundial.”

(*Tío Rico*, N° 106.)

¿Dónde está Aztecland? ¿Dónde está Inca-Blinca?  
¿Dónde está Inestablestán?

Es indudable que Aztecland es México: todos los prototipos del “ser” mexicano de tarjeta postal se guarecen aquí. Burros, siestas, volcanes, cactus, sombreros enormes, ponchos, serenatas, machismo, indios de viejas civilizaciones. No importa que el nombre sea otro, porque reconocemos y fijamos al país de acuerdo con esta tipicidad grotesca. El cambio de nombre, petrificando el embrión arquetípico, aprovechando todos los prejuicios superficiales y estereotipos acerca del país, permite *Disneylandizarlo* sin trabas. Es México para todos los efectos de reconocimiento y lejanía marginal; no es México para todas las contradicciones reales y conflictos verdaderos de ese país americano.

Walt tomó tierras vírgenes en los Estados Unidos y construyó sus palacios de Disneylandia, el reino embrujado. Cuando mira

el resto del Globo, trata de encuadrarlo en la misma perspectiva, como si fuera una tierra previamente colonizada, cuyos habitantes fantasmales deben conformarse a las nociones de Disney acerca de su ser. Utiliza cada país del mundo para que cumpla una función modelo dentro de este proceso de invasión por la naturaleza-Disney. Incluso si algún país extranjero se atreve a esbozar un conflicto con los Estados Unidos, como el de Vietnam o el del Caribe, de inmediato estas naciones quedan registradas como propiedad de estas historietas y sus luchas revolucionarias terminan por ser banalizadas. Mientras los *marines* pasan a los revolucionarios por las armas, Disney los pasa por sus revistas. Son dos formas del asesinato: por la sangre y por la inocencia.

Disney tampoco inventó a los habitantes de estas tierras: sólo les impuso un molde propio de lo que debían ser, actores en su *hit-parade*, calcomanías y títeres en sus palacios de fantasía, buenos e inofensivos salvajes hasta la eternidad.

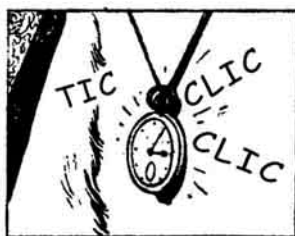
Para Disney, entonces, los pueblos subdesarrollados son como niños, deben ser tratados como tales, y si no aceptan esta definición de su ser, hay que bajarles los pantalones y darles una buena zurra. ¡Para que aprendan! Cuando *se dice* algo acerca del niño-buen salvaje en estas revistas, el objeto en el que en realidad se está *pensando* es el pueblo marginal. La relación de hegemonía que hemos establecido entre los niños-adultos que vienen con su civilización y sus técnicas, y los niños-buenos salvajes que aceptan esta autoridad extranjera y entregan sus riquezas, queda revelada como la réplica matemática de la relación entre la metrópoli y el satélite, entre el imperio y su colonia, entre los dueños y sus esclavos. Tan es así que los metropolitanos no sólo buscan tesoros, sino que venden a los nativos *revistas* (como éstas de *Disneylandia*) para que aprendan el rol que la prensa urbana dominante desea que ellos desempeñen. Bajo el sugerente título “Más vale maña que fuerza”, Donald parte a un atolón del Pacífico para tratar de sobrevivir un mes, y vuelve cargado de dólares, convertido en héroe comercial moderno. El empresario puede más que el misionero o el Ejército. El mundo de la revista Dis-

neylandia se autopublicita, haciendo que se compre y se venda entusiastamente dentro de sus mismas páginas.

Basta de discurrir. Ejemplos y pruebas.

Entre todos los niños-buenos salvajes, ninguno llega más lejos en su exageración de los rasgos infantiles que Gu, el abominable hombre de las nieves (TR N° 113): descerebrado, oligofrénico, de tipo mongólico (y vive en el Tíbet, miren qué casualidad, entre seres de raza amarilla), se lo trata como a un niño. Es un “abominable dueño de casa” (tiene la cueva desordenada), desparrama los utensilios baratos y los desperdicios. “¡Qué mal gusto!” “Sombreros que él no puede usar”, y habla balbucientemente con desarticulados sonidos de guagua: “Gu”. Sin embargo, lo que lo distingue como descriterioso es el hecho de que ha robado la corona de oro y piedras preciosas de Genghis Khan (que pertenece a Tío Rico mediante operaciones ocultas de sus agentes) y no conoce su valía. La corona está tirada en un rincón como un balde y Gu prefiere el reloj de Tío Rico que vale un dólar (“el reloj es su *juguete* favorito”). Pero no importa: “su estupidez nos ayudará a huir”. En efecto, Tío Rico cambia mágicamente el artefacto barato de la civilización que hace tic-tac por la corona. Hay obstáculos hasta que el niño (inocente animal-monstruo-subdesarrollado) entiende que sólo se quieren llevar algo que a él para nada le sirve y que en cambio se le entregará un pedazo fantástico de progreso inexplicable (un reloj) que sí le sirve para jugar. Lo que se extrae es un tesoro, oro, materia prima. El que lo entrega es significativamente un subdesarrollado mental y superdesarrollado físico. El gigantismo material de Gu, y de todos los demás salvajes marginales, es el síntoma de su fuerza corporal sólo apta para trabajar físicamente en la naturaleza pura.<sup>7</sup>

<sup>7</sup> Para el tema del gigantismo del cuerpo con amenaza sexual, véase de Eldridge Cleaver (1968), *Soul on Ice*, Waco, Texas, Word Books, 1978.





Esto traduce las relaciones de trueque que los primeros conquistadores y colonizadores (en África, Asia, América y Oceanía) tuvieron con los indígenas: se intercambia una baratija producto de la superioridad técnica (europea o norteamericana) y se lleva el oro (las especies, el marfil, el té, etc.). Se le quita algo en lo que ni se había fijado como elemento de uso o de intercambio. Éste es un caso extremo y casi anecdótico. Los casos más corrientes en otra literatura infantil, pan de cada día, dejan al abominable en su condición de animal y por lo tanto incapaz de entrar en una economía de ninguna clase (Tintin en el Tíbet).

Sin embargo, esta víctima de la regresión infantil señala el límite de un clisé del buen salvaje. Más allá de él está el feto salvaje, que por razones de recato sexual Disney no mostrará.

Por si el lector pensara que estamos hilando muy fino al establecer un paralelo entre un hombre que se lleva el oro y otro que lo regala por una baratija mecánica, entre el imperialismo extractor y el país monoprodutor de materias primas, entre dominados y dominantes representativos, proporcionamos ahora un ejemplo más explícito de la estrategia de Disney con respecto a los países que él caricaturiza como atrasados, pero sin revelar la causa de su atraso.

Algunos diálogos fueron sustraídos de la misma historieta que nos sirvió de encabezamiento de este capítulo. Donald ha caído en un país de la selva africana. Allí, un médico brujo (con anteojos encima de su gigantesca máscara primitiva) lo cura. La versión que se entrega de la independización de los africanos es vergonzante. “Es la nueva nación de Cuco Roco, aviador. Ésta es nuestra capital.” Se ven tres rucas de paja y un conjunto ambulante de parvas de heno. Cuando Donald pregunta por este extraño fenómeno, el brujo le explica: “¡Son pelucas!”. “Es la novedad que trajo nuestro embajador de las Naciones Unidas.” Cuando el chancho que persigue a Donald aterriza y necesita que saquen las pelucas para ver dónde está su pato-adversario, se produce el siguiente diálogo:

“*Chancho*: Escuchen. ¡Les pagaré un buen precio por sus pelucas! ¡Véndanme todas las que tengan!



*Un nativo:* ¡Yippi! Un comerciante rico nos compra las pelucas.

*Otro nativo:* Me pagó seis estampillas por la mía.

*Aún otro (alborozado):* A mí me pasó dos fichas para el subterráneo de Chicago”.

*Cuando el chancho escapa:* “Arrojaré unas cuantas monedas para que los nativos no se acerquen al remolino”. Y se agachan felices e invertebrados a recoger el dinero. Tan es así que cuando los “chicos malos” se maquillan de nativos polinésicos, para engañar a Donald, no tienen otro modelo de conducta: “Tú salvar nuestras vidas”. “Seremos tus servidores para siempre.” Y mientras se postran, Donald comenta: “Son nativos también. Pero un poco más civilizados”.

Otro ejemplo (número especial D 423). Donald parte a la “Lejana Congolia” porque allá el negocio de Tío Rico no ha vendido nada. La razón: “El rey ordenó a sus súbditos no hacer regalos de Navidad este año. Desea que todo el pueblo le entregue a él su dinero”. Comentario de Donald: “¡Egoísta!”. Y manos a la acción. Donald es convertido en rey al ser tomado como un gran mago que vuela por los aires. Es destronado el antiguo (“No es hombre sabio como tú. No nos permite comprar regalos”). Donald acepta (con la intención de partir apenas la tienda quede vacía): “Mi primera orden como rey es... ¡compren regalos para sus familias y no entreguen un centavo a su rey!”. Pero, al terminar las ventas, Donald devuelve la corona al rey. Éste desea el dinero para irse del país y comer lo que se le antoje, en vista de que los congolianos exigen que su rey sólo coma cabezas de pescado. El rey: “Si tuviera otra oportunidad, gobernaría bien. Y de algún modo me las arreglaría para no comer ese guiso espantoso”.

Donald (al pueblo): “Y les aseguro que dejo el trono en buenas manos. Su antiguo rey es un buen rey... y más sabio que antes”. (El pueblo: “¡Hurra! ¡Viva!”.)

El rey aprende que debe aliarse con los extranjeros si quiere conservar su poder, que él ni siquiera puede demandar impuestos a su pueblo porque éstos deben ser entregados íntegros al ex-



terior a través del Agente de Mc Pato. El dinero vuelve a Patolandia. Además, los afuerinos solucionan el problema del aburrimiento del rey en sus tierras, de su sentimiento de marginación y deseo de viajar hacia la metrópoli, mediante la importación masiva de lo suntuario: “Y no te aflijas por esa comida”, dice Donald. “Yo te mandaré unas salsas que cambiarán de gusto aun a las cabezas de pescado.” El rey zapatea de felicidad.

El mismo esquema se repite hasta la saciedad. Mc Pato cambia puertas de acero inoxidable por puertas de oro puro a los indios de Canadá (TR 117). Boty y Donald, atrapados por los aridianos (árabes) (D 453), empiezan a soplar y producir pompas de jabón, que los nativos desean más que cualquier otra cosa. “Ja, ja. Se deshacen cuando uno las atrapa. Ji, ji.” Y dice Alí-Ben-Golí, el jefe: “Es verdadera magia. Mi gente ríe como niños”. Ellos no entienden cómo se hace. “Es sólo un secreto transmitido de generación en generación”, dice Boty: “Te lo revelaré si nos das la libertad”. (La civilización se presenta como algo incomprensible que debe ser administrado por los hombres extranjeros.) El jefe (con extrañeza): “¿La libertad? Eso no es todo lo que les daré. Oro. Joyas. Mi tesoro es de ustedes si me revelan el secreto”. Los árabes consienten en su propia enajenación. “Joyas tenemos, pero de nada sirven. No hacen reír como las pompas mágicas.” Mientras Donald se ríe de él, con una mueca, “pobre ingenuo”, Boty entrega el jabón Flor-flop: “Tienes razón amigo. Cuando desees un poco de alegría, echa un poco de polvos mágicos y recita las palabras mágicas”. La historieta termina con la conclusión de que no es necesario *excavar* las pirámides (o la tierra) personalmente: “Para qué necesitamos una pirámide, teniendo a Alí-Ben-Golí”.

Esta situación tiene a los nativos cada vez más eufóricos. Cada objeto de que se libran les aumenta la felicidad y cada artefacto que reciben como magia desprovista de origen maquinario los llena de regocijo.

*Ninguno de nuestros más enconados adversarios puede justificar este trato desequilibrado; ¿o acaso alguien piensa que un puñado de joyas es*

*igual a una cajita de jabón o una corona de oro igual que un reloj? Seguramente se objetará que estos trueques obedecen a la fantasía, pero es desafortunado que estas leyes de la imaginación favorezcan unilateralmente a los personajes que vienen de afuera y a los que escriben y editan estas revistas.*

Pero ¿por qué nunca llama la atención este flagrante despojo, o en otros términos, cómo es posible que esta desigualdad aparezca como una igualdad? Es decir, ¿por qué el saqueo imperialista, para llamarlo por su nombre, y por qué la sumisión colonial, no aparecen en su carácter de tales?

“Joyas tenemos, pero de nada sirven.”

Ahí están en sus tiendas de desierto, en sus cavernas, en sus ciudades otrora florecientes, en sus islas aisladas, en sus fortalezas prohibidas, y *nunca podrán salir de ahí*. Cuajados en su tiempo histórico pretérito, definidas sus necesidades en función de este pasado, estos subdesarrollados no tienen derecho a construir un futuro. Sus coronas, sus materias primas, su petróleo, su energía, sus elefantes de jade, su fruta, pero especialmente su oro jamás podrán ser utilizados. Por lo tanto, el progreso, que viene desde afuera con sus múltiples objetos, es un juguete. Nunca perforará la defensa cristalizada del buen salvaje, al cual se le prohíbe civilizarse. Nunca podrá entrar en el club de los actores de la producción, porque ni siquiera entiende que esos objetos han sido producidos. Los ve como elementos mágicos, surgidos desde el cerebro de los extranjeros, de su verbo, de sus palabras mágicas.

No habiendo otorgado a los buenos salvajes el privilegio del futuro y del crecimiento, todo saqueo no aparece como tal, ya que extirpa lo que es superfluo, lo prescindible, una nonada. El despojo capitalista irrefrenable se escenifica con sonrisas y coquetería. Pobres nativos. Qué ingenuos son. Pero si ellos no usan su oro, es mejor llevárselo. En otra parte servirá de algo.

Mc Pato (TR 48) toma posesión de la luna de veinticuatro quilates, donde “el oro es tan puro que se puede moldear como si fuera mantequilla”. Pero aparece el dueño legítimo, Mukale, un venusiano que posee el título de la propiedad, y que está dis-